

Los hierros de Guanoco

Cal, 1963-04-30.

Luis Elviro García, el dueño del botiquín, nació en una curiara.

A su madre le cogió la novedad en un punto que llaman Morichalito; porque su viejo, que iba navegando a canaleta hacia Punta Evaristo, no tuvo tiempo de llegar a nada mejor.

Después, Luis Elviro se crió aquí, en Guanoco.

A los cuarenta años, y con nueve hijos que le dio Mercedes, su mujer legítima, había llegado a ser propietario de una bodega que nombraban "La Luz de Guanoco" y de dos curiaras con las que salía de pesquería hasta la Barra de Maturín.

Tenía que salir a pescar, porque aquel negocito de pulpería no daba, con rockola y todo, para llenar la boca a nadie.

Es que Guanoco es un punto muerto.

Los días aquí, en este rincón del caño, se alargan tanto que parece que se mueren de calor y de cansancio, y si uno espera que llegue la noche para refrescar el cuerpo y para reposar la cabeza de los desvaríos, pues está esperando en balde, porque las noches de Guanoco son tan negras y pegajosas como el mismo asfalto, y cuando callan los bichos, comienzan entonces los galpones arruinados y las máquinas trancadas por la herrumbre y los desvencijados vagones del ferrocarril arrumbados entre los montes a llenar con sus misteriosos chirridos de hierro muerto el sofocante silencio del pueblo.

Pero no se imaginen que Guanoco ha sido siempre así.

Cuando se vino "La Compañía", hace cuarenta años, todo el Caño San Juan y todo este Caño Guanoco se cansaron de cargar sobre sus lomos de agua turbia aquel estrepitoso y abigarrado mundo de gentes que venían con la ilusión de "la mina". Y si venían los hombres desde tan lejos que hasta hablaban lenguas diferentes, ¿cómo no se iban a vaciar Cicaina, que queda ahí mismo, hacia la costa de esa cordillera de cerros, y Puerto Ajíes, y Maremare, y Yaguayabrito, y Morocoto, y Los Conotos, y Guariquén, y El Pilar, y Jurupú (que es el Jurupujú de los guaraos) y Guaritoto y todas esas poblaciones que están sólo a unas horas de camino?

Entonces, que era cuando llegaron el trinitario Pitá, que está loco de ese sol que le está sorbiendo el seso de la cabeza como si fuese el agua de un coco; que fue cuando llegó Jesús Martínez, que se está quedando en el hueso de esperar a los clientes en la soledad impresionante de aquella gigantesca estantería vacía de Comissary, que fue también cuando se vino León Guevara caminando solo desde Guariquén y ahora ya son treinta y nueve: entonces, digo, ese lago de asfalto que llamaron La Felicidad tenía la magia de lo que después comenzó a ser el Distrito Bolívar del Zulia, o lo que fue California en un tiempo, o lo que debe ser en estos días un yacimiento de uranio en cualquier parte del mundo donde lleguen hombres con la máquina de soñar trabajándoles en la cabeza.

Cuando después los hombres se desbandaron con el fracaso, los Guevara y los Martínez, que de donde venían era del corazón mismo de aquella selva de jobos, de acurrutús de jabillos y de bucares, o algunos que, como el trinitario, llegaron de lejos a sembrar su alma, se quedaron; como esos soldados que se dejan matar en las posiciones.

Ellos fueron los que aguantaron, sin moverse, los escombros de aquel cielo que se fue desplomando poco a poco sobre sus espaldas y sobre las cabezas de sus hijos.

Entonces, con la basura de aquellos restos, comenzaron a sacudir a los niños las fiebres del "bugui-bugui" y de "la pulmonía que mata", o a morir simplemente del mengua; y así fueron enterrándolos como a animalitos a los pies de los cauchos, los ceniceros y los mulatos de aquel cerro que ahora se ve cubierto de pequeñas cruces de palo.

Por eso, por fidelidad al sueño de sembrarle a Venezuela un pueblo, queda todavía aquí tanta gente que parece que ha perdido el juicio. Y gracias a estos locos conserva Guanoco la memoria, y los puntos los mencionan todavía por el "Stock room", "El tanque de brea líquida", "La planta de hielo" y la Avenida Gómez, unos fantasmas de muertos, de hierros viejos y de chimeneas que asoman entre los árboles y entre aquel monte espeso y caliente por donde se deslizan traidoramente los mapanares y las cuaimapiñas que se bañan en las turbias aguas del caño.

A Guanoco se le ha ido metiendo la selva (con ese sigilo implacable y brutal de las raíces) por entre las calles, por entre las construcciones y las máquinas, por dentro de las casas, estrangulándole la vida hasta dejarle el cuerpo en lo que es ese charco negro del asfalto, ese estiércol del diablo donde no crece una hierba.

A este cementerio caliente donde se oye gemir débilmente a los hierros cuando les abrazan las raíces, donde ya no queda una sola rueda que gire, llegan de vez en cuando algunas cartas con nombres de otros tiempos; y aquí se les acaba la vida, porque ¿a dónde van a preguntar en el pueblo por esos muertos?

Luis Elviro García estaba descansando su barriga sobre el mostrador de tablas, observando cómo se encendía la brea con las últimas luces de la tarde (que duran lo que un fogonazo, porque las noches en Guanoco caen como si se desprendiese del cielo un plomo) cuando el hueco de la puerta se le llenó con las sombras de dos hombres.

Uno de ellos sacó un bolívar y lo puso a bailar sobre las toscas tablas del mostrador.

– Dos frescos de menta –dijo– y me das el vuelto en lochas.

Luego se sentó sobre una gavera vacía.

El otro se había quedado viendo la lista de las canciones de la rockola, como quien entiende los signos.

Luis Elviro se perdió detrás del mostrador, y prendió la planta.

Al rato estalló el grito metálico de un rock-and-roll que corrió arañando los seres y las cosas muertas que habitan todavía aquella selva espesa de los entrecaños.

Cuando la garganta de acero se calló, ya estaban congregados los hombres y los niños tristes de siempre, y todos se vieron las caras sin ganas, adivinándose los hastíos y las malicias.

Hasta que, con el silencio, el botiquín fue perdiendo otra vez aquellos ojos.

– Mira, García –dijo el que había gastado el bolívar– mete una locha tuya ahí, vale...

Luis Elviro le oyó de mala gana; pero con la cara amarrada y todo, abrió la gaveta, buscó en una cajita de cartón, y fue a colocar la moneda en la rockola.

– ¿Qué pongo? –dijo mirando a los dos hombres, que era lo que quedaba.

– Marca el seis...

Luis Elviro contó para él solo: "uno, dos"...

Y arrancó una canción mexicana.

"Además de prestarles la rockola y de pagar la planta eléctrica, todavía tengo que poner yo la moneda", dijo.

Pero nadie más que él mismo se oyó decir el desahogo.

Después, regresó su barriga donde tenía costumbre, cerca del peso, y siguió pellizcándose la grasienta cara llena de huecos de viruela, sacándose los barros. Y como todo se acaba, pues también se acabó el disco.

A los dos hombres les sorprendió el silencio sentados, uno sobre el cajón, el otro sobre el mismo piso de tierra.

– ¿Y cómo le fue hoy? –preguntó Luis Elviro, que no era mucho preguntar.

El que estaba sentado sobre el cajón se levantó, llegó hasta la puerta, se apoyó en el dintel con sus dos manos, y mirando hacia el depósito de asfalto dijo con una voz que parecía que era para alguien que estaba fuera:

– Vendimos un poco de ocumo y de yuca en Caripito...

– ¿Ustedes se quieren venir a pescar mañana? –preguntó Luis Elviro con cierta cautela en la voz.

Los dos hombres se miraron.

Luis Elviro se esforzaba en ver a los dos, apuntando a cada uno con un ojo.

– ¿Irámos a dónde? –dijo el que estaba sentado en el suelo.

– A la vía de Garantón, frente a Irapa. Ustedes se irían en la curiara pequeña; ya la grande la tengo completa.

– ¿Habrá lebranche ahora?

– Es buen tiempo para lebranche, y para cazón –contestó el pulpero.

Estuvieron luego un rato callados.

El mismo hombre, que ya se había acercado al mostrador, preguntó en un tono amistoso:

– ¿Para cuántos días?...

– Quince, dieciocho, según esté la suerte...

El que estaba sentado sobre el cajón no se había movido siquiera, pero soltó aquel tiro al aire.

– ¿Podrías fiarnos una botella de ron?...

Luis Elviro se les quedó viendo, y no cogió la botella, pero les dijo:

– ¿Me prometen amanecer aquí a las cuatro?

Como los dos hombres no dijeron que no, y se habían quedado mirando al estante, Luis Elviro agarro una de las tres botellas que quedaban, cubiertas de polvo, la sopló y la limpió de dos manotazos, le desenroscó el tapón, y primero se sirvió a pico él mismo.

– ¿Me lo brindan? –preguntó después.

– Claro...

Los dos hombres se echaron cada uno un trago; y se fueron, con la botella.

Luis Elviro García se quedó otra vez solo, en el único punto de luz de toda la selva de Guanoco.

A la rockola le brillaban tanto las latas que parecía que le habían prendido unas velas.